
OBRA ORGANIZADA POR

ODAIR SASS

CARLOS ANTÔNIO GIOVINAZZO JÚNIOR

DOMENICA MARTINEZ

HELENICE CIAMPI

LEDA MARIA DE OLIVEIRA RODRIGUES

MARIA AMÉLIA GÜLLNITZ ZAMPRONHA

EDUCAÇÃO e REGIMES DITATORIAIS: 50 ANOS DO GOLPE MILITAR NO BRASIL



JUNQUEIRA
& MARIN
EDITORES



CAPES



PUC-SP



CAPÍTULO 1

LAS DICTADURAS MILITARES A 50 AÑOS DEL GOLPE MILITAR EN BRASIL. UNA PERSPECTIVA GENERAL

MANUEL ANTONIO GARRETÓN MERINO

UNIVERSIDADE DO CHILE

Hace 50 años, al momento del Golpe en Brasil, presidía la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Santiago (UC). Comenzaba el año académico en donde una de las primeras actividades de la Federación de Estudiantes fue, en un contexto en que los sectores de izquierda prácticamente no existían, estrechar vínculos con Brasil. Dicha actividad era la primera en relación con el mundo de la política internacional. Por entonces, en la UC, el rector de la universidad era Obispo de los pocos que votó contra el Concilio Vaticano II. Por ese entonces, la Universidad Católica de Sao Paulo fue un referente para nosotros, entre otras cosas por ser una de las muy pocas en Universidades Católicas en que se daba la participación estudiantil en su Consejo Superior.

A continuación, presentaremos un esquema analítico que, desde una perspectiva sociológica, procurará entregar algunos elementos de caracterización de las dictaduras en un sentido comparado, poniendo énfasis en los rasgos comunes y sus divergencias.¹

Las nuevas dictaduras militares o regímenes militares civiles del Cono Sur

Cuando hablamos de las dictaduras militares inauguradas por el Golpe Militar del 64 en Brasil, estamos hablando de un tipo particular de dictadura. Lo que inaugura el Golpe Militar brasilero es un tipo de dictadura militar, distinta a los

1 La edición de este trabajo contó con la colaboración de Claudia Villegas.

militarismos clásicos y dictaduras tradicionales, que va a ser predominante en América Latina, especialmente en el Cono Sur.

Así, si en el contexto latinoamericano, no era novedad la implantación de un gobierno autoritario de corte militar con apoyo civil, los rasgos nuevos que presenta el régimen resultante del golpe de 1964 en Brasil, van a ser relativamente inéditos y se van a expresar en las dictaduras argentina (golpes de 1966 y 1976), uruguaya (golpe de 1973) y chilena de 1973, pero también en países de dictaduras más tradicionales como ciertos momentos de Bolivia, Ecuador, Perú e incluso Paraguay.

Respecto de las características de estas nuevas dictaduras militares ellas conformarán lo que se llamó “nuevo autoritarismo en América Latina” o en la nomenclatura de Guillermo O’Donnell (1977) “régimenes burocrático autoritarios”.²

Se trata de dictaduras militares constituidas por Fuerzas Armadas que intervienen como conjunto de instituciones en países inicialmente más “modernizados”, después de momentos de activación de fuerzas sociales sea bajo formas insurreccionales o institucionales que buscaban la transformación del capitalismo existente o, a veces, con una inspiración más populista, lo que es usado como pretexto para fórmulas bárbaras de represión masiva (O’DONNELL, 1972). Esta intervención de las Fuerzas Armadas como institución, no restringida a un sector de ellas, con apoyo civil para derrocar gobiernos elegidos democráticamente con el fin de poner fin a gobiernos populistas o revolucionarios y a los grupos insurreccionales, tiene un componente estrictamente represivo y también uno de proyecto para replantear las relaciones entre Estado y Sociedad de esos países.

En general estas dictaduras se imponen después de algún momento intenso de movilización social y popular,

2 Para otras conceptualizaciones sobre estos regímenes ver Garretón (1983a; 1983b). El análisis de estas dictaduras en términos de nuevo autoritarismo ha sido extendido a regímenes que no siendo dictaduras militares, exacerbaron sus rasgos autoritarios en el período de estas dictaduras (COLLIER, 1980).

en formas de tipo populistas, por lo tanto movilizaciones menos intensas, menos radicales, menos amenazadoras de cambios, hasta formas insurreccionales – como era el caso, de los tupamaros y de los montoneros – hasta intentos de revolución socialista desde la institucionalidad, como era el caso de Salvador Allende en la Unidad Popular en Chile.

Estos procesos de activación y movilización de masas populares, correspondía en gran parte al cambio fundamental que ocurre en América Latina con la revolución cubana. Probablemente el hecho latinoamericano más importante del siglo XX, sea esta revolución, junto a la otra gran revolución a comienzos del siglo, la revolución mexicana. El impacto de la revolución cubana dentro del conjunto de la región, fue muy significativa porque implicó una amenaza al poder imperial de los Estados Unidos. En ese marco, dicho país cambia su estrategia respecto a América Latina. Hasta entonces, de algún modo era un dato que América Latina en la Guerra Fría pertenecía a los Estados Unidos y, por lo tanto, había que preocuparse de otras cosas. La revolución cubana cuestiona esta pertenencia y la posibilidad de una revolución en los países del continente, considerada tal revolución necesaria y deseable pero no posible por el mundo de la izquierda, se hace efectiva, y aparece entonces la inminencia de la posibilidad revolucionaria, lo que es confrontado por la potencia hegemónica en el continente.

La respuesta inicial del país del norte fue de dos tipos. La primera, de carácter contra insurreccional: hay que modernizar, profesionalizar, darle una ideología, un sentido a los militares en el continente para que repriman la revolución en cada uno de sus países. Lo que hay es la percepción que hay que cambiar a los ejércitos incapaces de enfrentar a los movimientos de guerrilla. Y eso es lo que genera, entonces, una revitalización del Pacto de Río de Janeiro del 47 y una reformulación respecto a una estrategia para los militares, que algunos llamaron “el nuevo profesionalismo” (STEPAN, 1986). Es en ese contexto

en que se formula y se implementa la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). Dicha ideología define un enemigo interno que son los movimientos insurreccionales, expresión del enemigo externo, el comunismo internacional. Frente a este enemigo interno se define el rol de los militares en su aniquilación para impedir alguna nueva revolución cubana.³

La segunda, en consonancia con la DSN, parte de la percepción que la posibilidad revolucionaria tiene sus raíces en la situación económico-social del continente de pobreza, miseria y desigualdades, lo que obliga a modernizar los países. En efecto, en la visión de la ideología predominante no hay ningún actor que pueda tener entre sus manos dicha labor. Es más, a la luz de los diagnósticos llevados a cabo, se considera que no hay actor alguno que se salve de poseer rasgos de corrupción: ni la clase dirigente obrera, ni los dirigentes políticos, ni los empresarios. Eso es uno de los aspectos que se encuentra en el informe Rockefeller del 69, documento destinado a ser un insumo para la contención de la “subversión”, pero que pone de manifiesto la necesidad de reformas y de modernización de los países. Se parte de la

3 La Doctrina de Seguridad nacional constituye una variante del principio de seguridad nacional que Estados Unidos extrae como aprendizaje en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Esta variante mantuvo tenía como principio que a partir de la seguridad del Estado se garantizaba la de la sociedad. Dentro de sus propuestas destaca el hecho de considerar que para lograr este objetivo era necesario el control militar del Estado. Otro aspecto fue la sustitución del enemigo externo por el enemigo interno. Si bien la Doctrina de Seguridad Nacional ubicó como principal enemigo al comunismo internacional, con la Unión Soviética como centro y la representación regional en Cuba, entendía que era a Estados Unidos a quien correspondía combatir a esos países. Los Estados latinoamericanos debían enfrentar al enemigo interno, materializado en supuestos agentes locales del comunismo. Además de las guerrillas, el enemigo interno podía ser cualquier persona, grupo o institución nacional que tuviera ideas opuestas a las de los gobiernos militares (VALDÉS, 1988; ARRIAGADA & GARRETÓN, 1978; GARRETÓN, 1978).

base que sólo la institución militar puede tener la capacidad y el mandato de enfrentar el tema de desarrollo y llevarlo adelante.⁴ En realidad esta dimensión más “desarrollista” de la respuesta norteamericana fue inaugurada por el Presidente Kennedy en su política de Alianza para el Progreso y tendió a agotarse después de su muerte y quedó como prioritaria la respuesta anti insurreccional.

Entonces, hay aquí un nuevo rol para los militares, y una nueva ideología que va a actuar como reserva en aquellos países donde no había tradición de intervención, como eran los casos uruguayo y chileno, pero que va a ser inmediatamente operada en aquellos países en que haya alguna historia de intervención militar.

Pero no olvidemos que el primer rasgo de estas intervenciones militares que darán origen a las nuevas dictaduras se refiere a los procesos de activación popular, social y política que amenazan con el cambio en la sociedad con contenidos más populistas o más socialistas y con fórmulas más insurreccionales o más institucionales, según los casos y que desatan la reacción violenta de los sectores dominantes. El

4 Durante el gobierno de Richard Nixon (1969-1974) se promovió la elaboración de estudios sobre la situación latinoamericana, con el objeto de reunir insumos que permitieran establecer líneas de acción orientadas a cerrar el cerco al avance del comunismo. Es en ese contexto en el que se llevó a cabo la “Misión Rockefeller”, liderada Nelson A. Rockefeller (gobernador de Nueva York). El propósito de dicha misión fue realizar un “diagnóstico de la situación económica, social, cultural y política de los diferentes países de América Latina, para mejorar las relaciones de Estados Unidos con dichos países, para que Estados Unidos sepa que hacer y cómo para ayudar a Latinoamérica” (Informe Rockefeller). El Informe hace referencia a diferentes aspectos de la realidad latinoamericana: vivienda, salud, educación, sindicatos, estudiantes, comercio, industria, agricultura etc. Pero a su vez, presta bastante atención a lo relativo al avance comunista, advirtiendo su importancia y la necesidad urgente de operar al respecto. El avance del comunismo y la subversión, según los redactores del Informe, se debía a la baja calidad de vida de los latinoamericanos, lo que generaba celos, resentimientos, desilusión y nacionalismo, constituyendo un terreno fértil para la subversión.

segundo es el nuevo rol o papel para las Fuerzas Armadas determinado desde los Estados Unidos. En tercer lugar, este tipo de régimen se da básicamente en los países de mayor industrialización y de mayor nivel de desarrollo o potencial de modernización. En los otros países sigue habiendo dictaduras clásicas o tradicionales de tipo oligarca, en la línea de Somoza o lo que había sido Batista, aunque algunos de ellos en algunos momentos presenten rasgos propios de las dictaduras militares del Cono Sur, como se les llamó.

Esta caracterización simplemente descriptiva permite entender por qué se habla de nuevos regímenes militares, nuevos autoritarismos, nuevas dictaduras, con rasgos comunes para todos los casos como hemos señalado, aunque con contenidos y proyectos distintos según los países.

Esto nos lleva, entonces, a analizar estas dictaduras de rasgos originales respecto de otras que habían proliferado en la historia latinoamericana, en términos de dos grandes dimensiones (GARRETÓN, 1983a; GARRETÓN, 1983b).

La dimensión reactivo represiva de las dictaduras militares

En primer término, son dictaduras militares que comparten, por un lado, una *dimensión reactiva y represiva*: se trata de terminar con los tupamaros, con los montoneros, con el populismo de Goulart, con la vía chilena al socialismo de Salvador Allende. Es decir, en todas hay estos elementos de ser reactivos, terminar con la “subversión”, a través de lo que en general los militares saben hacer bien: destruir y matar. Están formados para eso. En esta dimensión reactiva ya que se ponen en función todos los componentes o elementos de la ideología de seguridad nacional que habían aprendido todos los oficiales. Los oficiales de América Latina, con excepción de México y Costa Rica que teóricamente no tiene militares. se habían

formado en la Escuela de las Américas⁵ donde enseñaban y se aprendía esta ideología que básicamente afirmaba la existencia de un gran enemigo que había que eliminar, y eso era el comunismo o la insurrección que tenía formas diferentes, que obedecía al enemigo externo, propio de la Guerra fría, pero que se enquistaba e introducían en la sociedad.

Estos elementos reactivos cuentan con un apoyo, incondicional al menos en un primer momento, de los sectores sociales, civiles, que se veían amenazados por las transformaciones revolucionarias anticapitalistas, socialistas. Los militares constituyen un actor que tienen una autonomía tal que en ciertos momentos – como dirían algunos; por salvar el capitalismo está dispuesto a sacrificar el capitalismo, y eso es así en el caso de muchas políticas económicas. Una ilustración de esto la da el caso chileno en que muchos grandes empresarios del período anterior quebraron en los primeros cinco años del régimen militar. Y cuando se les entrevistaba en la prensa respecto de qué opinaban del modelo económico, se les hacía dos preguntas. Primera, cómo se evaluaba el modelo económico del régimen, a lo que respondían que este era excelente y lo que el país necesitaba. Segunda, cómo les había ido personalmente y casi todos habían quebrado y se transformaban en importadores del rubro respectivo asociados al capital extranjero.

Así, el actor principal es la institución militar, pero con un apoyo, presencia o rol fundamental del sector empresarial, del alto sector capitalista que apoyaba al capital transnacional y

5 La Escuela de las Américas, que es operada por el Ejército de los Estados Unidos, fue fundada en 1946 en Panamá con el objetivo de entrenar a soldados latinoamericanos en técnicas de guerra y contrainsurgencia. Por sus aulas han pasado más de 77 mil alumnos, muchos de los cuales han resultado ser destacados violadores de los derechos humanos en sus propios países (Chile, Guatemala, Argentina, Perú, Uruguay, Nicaragua, El Salvador, México, Honduras, entre otros). Sobre la ideología de Seguridad Nacional.

que, por lo tanto, no tiene ningún problema en que se cumpla la tarea represiva e incluso colabora con ella.

En el caso chileno hay un elemento también de percepción, de amenaza y de odio que acompaña a la represión de los militares, y la colaboración de empresario y de sectores civiles con los militares en las tareas represivas fue una cosa que está documentada.

Entonces, hay esta coalición entre un sector capitalista ligado al capital transnacional – lo que en la literatura brasilera se denomina *capitalismo associado* –, y los militares. Y por otro lado, hay todo un sector aterrado con las transformaciones del período anterior a las dictaduras, al cual los sectores dominantes y los medios de comunicación fueron capaces de convencer que las transformaciones tipo desarrollistas, populistas, revolucionarias iban a destruir a las clases medias.

La dimensión represiva, caracterizada como terrorismo de Estado, alcanzó rasgos inéditos en América Latina, combinando métodos brutales como la desaparición de detenidos, la tortura masiva, la ejecución sin proceso, el exilio y la cárcel (RONIGER & SZNAJDER, 1999). Ella fue especialmente fuerte y extendida en los primeros años de las dictaduras, excepto en el caso de Brasil, pero se mantuvo a veces de manera institucionalizada a lo largo de todo el período aunque no con la misma intensidad del principio.

La represión en la medida que se fue generalizando los regímenes militares, sobre todo en el Cono Sur, se fueron estableciendo sistemas de cooperación entre las distintas ramas de las Fuerzas Armadas de todos estos países, sobre todo de los organismos de inteligencia. El caso más emblemático – no el único –, es el Plan Cóndor, cuya organización queda en manos de Chile, aunque Brasil tuvo una actuación muy significativa en el proceso de diseño e implementación de dicho plan.

La historia más dramática de estos regímenes está en esta dimensión donde Brasil fue el gran exportador de la tortura, Chile y Argentina se caracterizaron por la desaparición y asesinato

de los detenidos y en Uruguay primó la prisión política. Por supuesto todos combinaron estas distintas formas de represión, hacia los actores políticos del período precedente a la dictadura y hacia cualquier tipo de movilización social bajo la dictadura.

Así, la represión tenía tres funciones. Una, el castigo por lo que pasó, por lo tanto, la represión si se quiere, hacia atrás, hacia aquel que había sido partidario de los proyectos revolucionarios o populistas de cambio, es la venganza o revancha contra los sectores populares movilizados. En segundo lugar, el castigo por lo que estaba ocurriendo, o sea, el castigo a los que actuaban, a los activistas de los Derechos Humanos, a los opositores a la dictadura o a quienes los protegían. En tercer lugar, la generalización del miedo: aterrorizar a la sociedad de modo de mantener el poder e impedir cualquier forma de oposición (GARRETÓN, 1992). Por eso se combinaron siempre fórmulas muy secretas de detención, pero al mismo tiempo, una divulgación de una propaganda de guerra sucia que servía como amenaza para que se supiera del castigo. En realidad, nunca hubo secreto absoluto – solo en algunos casos emblemáticos –, pero sobre el conjunto de la represión no hay nadie que pueda decir que no sabía, como no hay ningún alemán – aunque digan lo contrario – que pueda decir que no se sabía lo que ocurría en los campos de concentración del holocausto y que todo lo supieron por la película de ese nombre muchos años después.

El sentido final, es lo que algunos han llamado la anti política: se trata de eliminar la política y con ello facilitar el desarrollo de la dimensión transformadora de estas dictaduras a lo que nos referiremos.

La dimensión fundacional y sus variantes

En segundo término, hay la *dimensión fundacional* o transformadora. Ella no es separable de la anterior, aunque

el grado de realización por parte de las diferentes dictaduras fuera disímil, y consiste en la recomposición de la relación entre Estado y Sociedad, no sólo respecto de los períodos inmediatamente anteriores de radicalización, polarización, o de procesos revolucionarios, sino de lo que se ha llamado en la literatura sociológica como el Estado de Compromiso o la matriz estatal nacional popular (DAVIES & LOVEMAN, 1989).

Se trata de recomponer un capitalismo demasiado afectado por elementos redistributivos, populistas, desarrollistas, intervenciones estatales etc., y enlazarlo con las tendencias de la economía mundial. Y esto tiene dos grandes variantes que lograron imponerse como modelo socio económico. Porque hubo otros casos (Argentina, Uruguay) en que la dimensión fundacional, fracasó, aunque pudiera desarticular el modelo previo, pero ello sin lograr construir o afianzar otra matriz de relaciones entre Estado y sociedad que perdurara más allá de la dictadura, como fueron el caso de Chile y, en alguna medida con un cierto modelo de continuidad que combinaba el modelo anterior y rasgos nuevos, el de Brasil. En el caso argentino, por ejemplo, el proyecto de Martínez de Hoz, similar al de los Chicago Boys en Chile (FOXLEY, 1982), es rechazado por la sociedad, y aunque logra desarticular el modelo nacional popular, lo cierto es que la gran revolución neoliberal no la hace la dictadura militar sino Menem en democracia.

En los casos de Brasil y Chile, estamos hablando de los dos casos en que con modelos distintos se puede hacer una revolución capitalista desde arriba o una contrarrevolución capitalista desde arriba, porque el tiempo de duración de estas dictaduras fue muy largo. En los dos casos, las dictaduras duraron 17, 18 años, en cambio, en Uruguay y Argentina duró a lo más 6 o 7 años.

Se trata, en definitiva, de la recomposición de la relación Estado-Sociedad, un elemento refundacional, ya sea a través de la profundización del mismo modelo de desarrollo industrial

nacional, en el caso brasileiro, ya sea de la total transformación y eliminación de ese modelo, reemplazándolo por un modelo estrictamente neoliberal, de vuelta al modelo primario exportador, desarrollo” hacia afuera” con un rol menor o subsidiario del Estado, como en el caso chileno (FOXLEY, 1982). Esta dimensión fundacional radical en el caso chileno, no se explica solo por la represión sino por la constitución de un núcleo hegemónico en el Estado formado por el liderazgo personalizado de Pinochet (lo que no ocurrió con las Fuerzas Armadas de Brasil) y el grupo de economistas conocido como los Chicago Boys y los sectores civiles autoritarios conocidos como los gremialistas, ambos pilares futuros del partido de la dictadura que perdurará en la democracia como UDI.

Un solo dato para reflejar la diferencia de los dos modelos de sociedad. En el caso brasileiro, de 150 mil estudiantes de la educación superior que había en 1964, en 1974, 10 años después, eran 1 millón y medio. Se multiplica por 10. En el caso chileno, disminuye el número absoluto de estudiantes. Después va a cambiar por otras razones, porque se va a producir una gran transformación educacional básicamente destinada a la eliminación de la educación pública. En Chile, en 1973, cerca de tres cuartos de los estudiantes, niños y niñas de los distintos niveles de educación, estaban en la educación pública, hoy con la continuidad del modelo de la dictadura, es alrededor de un cuarto: se trata de un caso absolutamente único en el mundo en que el objetivo buscado era la destrucción de la educación pública. Es decir, en un caso – Brasil – tenemos un modelo con intervención del Estado con bastantes expansiones, por ejemplo expansión de la clase obrera, a partir de la cual se logra crear una clase obrera nueva y un partido obrero. En el caso chileno disminuyen la clase obrera y la clase media y sus organismos de representación son seriamente afectados por la represión.

Estamos en presencia de dos modelos de rearticulación del

capitalismo, de recomposición del capitalismo que a su vez tuvieron modelos políticos diferentes.

En el caso de Argentina, Chile y Uruguay son países donde se eliminó el sistema político, y entonces, las luchas contra las dictaduras tuvieron que hacerse sin un marco político, generándose nuevas formas. Allí donde el sistema político-partidario era fundamental para construir actores sociales, como en el caso chileno, ello tomó mucho tiempo y se hizo fuera de un marco institucional como en el caso de Brasil. En la medida que la clase obrera, como en el caso argentino, se constituía como actor de una manera distinta al sistema de partidos, con fuertes elementos corporativos de sus organizaciones, pudo haber huelga nacional temprana, lo que no ocurrió en el caso chileno en que la clase obrera se constituía a través de partidos.

Las oposiciones a las dictaduras⁶

En la medida que se trataba de un régimen que realizaba transformaciones “modernizadoras”, se generaban espacios de lucha y de resistencia lo que se llamó los nuevos movimientos sociales. Eso fue el caso de Brasil, en que además existía sistema político, aunque sin duda sesgado y acotado y en que se cambiaban constantemente las reglas del juego, la lucha contra la dictadura aprovechaba precisamente el vaivén de esos juegos institucional y político. Pensemos que en este caso la mayor parte de los partidos actuales son creados en dictadura. En el caso chileno ello no ocurre con excepción de la derecha al final de la dictadura, y un partido nuevo de centro izquierda que fue creado por los sectores socialistas para controlar los resultados del plebiscito de 1988 que pone fin a los diecisiete años de Pinochet. Ello

6 Sobre las oposiciones partidarias políticas, ver Cavarozzi & Garretón (1989).

significa que los partidos clásicos imbricados con los actores sociales en lo que hemos llamado la “columna vertebral” de la sociedad chilenas ya no pueden cumplir el mismo papel (GARRETÓN, 1983b).⁷

En Chile, las clases sociales se constituían como actores y sujetos a través del sistema partidario. En los sectores medios, los sectores populares, la relación político-partidario con lo social era fundamental. Ello es válido tanto para la clase obrera a través, principalmente, de los Partidos Comunista y Socialista como para las clases medias a través de los partidos Radical y Demócrata Cristiano. En la derecha la organización partidaria juega un rol menos importante en su constitución como actor, por cuanto tiene los sectores sociales que la componen tienen sus empresas, sus escuelas, sus universidades, sus medios de comunicación.

De modo que al ser el espacio político partidario fundamental para la constitución de actores, su intento de eliminación por parte de la dictadura obligó a un largo proceso de reconstitución. El espacio político sustitutivo, en los primeros años, antes de que se produzca la primera crisis económica del modelo económico de la dictadura fue la iglesia católica, de lo que carecieron por ejemplo Argentina y Uruguay. La iglesia católica era una arena sustitutiva en un sentido estricto, es decir, era un espacio físico donde se encontraban lo social y lo político. Pero lo social era básicamente de tipo reactivo, en la medida que no se trataba de dictadura modernizadora, como fue la brasilera. Por ejemplo, en este último caso, la seguridad social para el campesinado se hace bajo la dictadura: ahí se crean organizaciones y a actores legitimados que pueden entonces actuar contra la dictadura. Ese aspecto, que no existió en la dictadura chilena, permite a la oposición en el caso brasilero donde hay partidos nuevos, donde hay actores sociales

7 Sobre la relación entre dictaduras y democratización más recientemente, ver Garretón (2014).

nuevos, aprovechar y moverse en el marco institucional que es variable, pero que permite su incorporación en él.

En el caso chileno el problema era cómo se reconecta lo social con lo político, y una vez que se reconecta, con partidos y actores clásicos, cómo se hace para terminar con la dictadura, y como eso no fue posible, indistintamente que hubieran tomado diversas estrategias, el partido comunista de tipo insurreccional incluso buscando eliminar físicamente al dictador, socialistas y demócratacristianos aprovechando los espacios que se conquistaban con la movilización social, otros buscando negociación es con los sectores blandos de la dictadura, lo que era una ilusión.

De modo que bajo la dictadura chilena, la doble tarea de reconstruir la relación partidos-actores sociales sin espacios institucionales para ello y de construir una estrategia de salida, tomó un largo tiempo. En este tiempo, las necesidades de institucionalización que tenía la dictadura la llevaron a imponer una Constitución de 1980. Esta permitía el paso desde un régimen militar puro y duro a un régimen autoritario de exclusión, pero el paso se hacía a través de un plebiscito. Y si la oposición chilena era incapaz de enfrentar a la dictadura con una fórmula propia de salida, en lo que si tenía experiencia era en ganar elecciones en la medida que se pudieran dar las condiciones. Entonces pudo usar el plebiscito para terminar con la dictadura.

Pero ello fue posible gracias a la mutación cultural del pensamiento de la izquierda socialista que convirtió a la democracia como su régimen político intransable - la democracia como condición necesaria para otro tipo de transformación, y no la transformación de contenido como la condición previa para que haya democracia - y a la construcción de mayorías políticas como su estrategia político, lo que llevo a la creación de la alianza del centro y la izquierda para vencer en el plebiscito y convertirse

en coalición de gobierno, la Concertación de Partidos por la Democracia, por cuatro períodos democráticos.

La sociedad post dictatorial

Las democracias resultantes de los procesos de transición desde la dictadura heredaron lo que hace tiempo denominé enclaves autoritarios (GARRETÓN, 1995), esto es la presencia de elementos propios del régimen precedente en el régimen democrático, impidiendo su plena realización. Estos eran institucionales, como una Constitución o normas sobre censura o cualquier otro ámbito que proyectan el autoritarismo de la dictadura en las nuevas condiciones, ético-simbólicos como la impunidad y amnistía respecto de crímenes y violaciones de derechos humanos, y actorales para referirnos a los actores que conspiran contra la consolidación de la democracia como pueden ser militares, partidos de la dictadura, grupos empresariales. Ellos varían según los casos pero todos ellos limitan la soberanía popular y le dan a la democracia un carácter incompleto. Estas democracias incompletas lucharon, sobre todo a través de sus gobiernos, por terminar con estos enclaves. La mayoría de ellas, algunas con nuevas constituciones, tuvieron éxito.

Pero no se trataba sólo de superar los enclaves autoritarios, no sólo quedaba pendiente en algunos países completar la democracia, sino también la respuesta al contenido fundacional que tuvieron los regímenes militares o los nuevos autoritarismos en general. Todas las sociedades que salieron de las transiciones o democracias incompletas y que fueron afectadas por el neoliberalismo intentaron dar un salto para dejar atrás los rasgos fundamentales de la sociedad de la dictadura, lo que se expresó en lo que se llamó el giro a la izquierda en la década del 2000, en muchos casos a través de Asambleas

Constituyentes El caso más notable es el caso boliviano, donde se cambia la naturaleza del Estado Nacional por un Estado Plurinacional y se amplía el concepto de democracia representativa con el de participativa y comunitaria.⁸

De modo que en materia institucional, actores principales, proyectos predominantes, las sociedades post dictaduras como la brasilera, la argentina, la uruguaya nada tienen que ver con sus sociedades bajo la dictadura. La presencia de ésta es sólo en lo que se refiere a la proyección en las vidas de quienes fueron afectadas por las violaciones de sus derechos o de sus próximos y a la llaga histórica que tiene un fuerte componente simbólico.

El caso de Chile es distinto. No sólo es el país con mayor peso de los enclaves autoritarios sino que es el más afectado por la presencia de la sociedad de la dictadura en todas las esferas de la vida social: salud, educación, Constitución, relaciones laborales, previsión social, organización regional, desigualdad. Es decir, no hay un solo ámbito, con la excepción de la existencia de un régimen democrático y de los avances en superación de pobreza y crecimiento económico, que no sea reproducción, a veces muy corregida, a veces profundizada de lo que hizo la dictadura al nivel de contenido y transformación social, lo que no ocurre en los otros casos. Estamos frente a lo que hemos llamado la sociedad post-pinochetista y ese salto que dieron los otros países, Chile no lo dio, aunque tuviera éxito en muchos ámbitos como los mencionados de superación relativa de pobreza y crecimiento económico (GARRETÓN, 2012).

Esta tarea pendiente fue puesta en el tapete por las movilizaciones de 2011-2012, principalmente la estudiantil y, en parte recogida por el programa presidencial de Michelle Bachelet en 2013. Dicho de otra manera, Chile está aún anclado a la sociedad de la dictadura por su modelo económico social y por su modelo político institucional expresado en

8 Sobre los gobiernos de izquierda de la última década, ver Revista Temas y Debates (2010).

la Constitución. Su superación depende en gran parte del proceso constituyente al que ha llamado la Presidenta, pero también de la construcción de un actor o sujeto distinto al que superó la dictadura y gobernó la democracia hasta hoy. ◀

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARRIAGADA, G. & GARRETÓN, M. A. Doctrina de Seguridad Nacional y régimen militar. Estudios Sociales Centroamericanos. Costa Rica, v.7, n.º. 20 y 21, p. 53-82, sep./dic. – 1978.
- CAVAROZZI, M. & GARRETÓN, M. A. (eds.) Muerte y Resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur. Santiago: FLACSO, 1989.
- COLLIER, D. The new authoritarianism in Latin America. Princeton: University Press, 1980.
- DAVIES, T. & LOVEMAN, B. (eds.) The politics of antipolitics: the military in Latin America. Latin American Silhouettes. Nebraska: University of Nebraska Press, 1989.
- FOXLEY, A. *Experimentos neoliberales* en America Latina. Colección Estudios CIEPLAN. Santiago, Número Especial, Estúdio n.º. 59, p. 43-48, mar. – 1982.
- GARRETÓN, M. A. De la Seguridad Nacional a la nueva institucionalidad. Notas sobre la trayectoria ideológica del nuevo Estado autoritario. Revista Mexicana de Sociología. México, v. 40, n.º. 4, p. 1259-1282, oct./dec. – 1978.
- _____. El proceso político chileno. Santiago: FLACSO, 1983a.
- _____. Dictaduras y democratización. Santiago: FLACSO, 1983b.
- _____. Fear in military regimes. An overview. En: CORRADI, J.; FAGEN, P. & GARRETÓN, M. A. (eds.) Fear at the edge. State Terror and resistance in Latin America. California: University of California Press, 1992.
- _____. Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones. México DF/ Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1995.

- GARRETÓN, M. A. Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010. Santiago: Arcis-CLACSO, 2012.
- _____. Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina. Estudio sobre transformaciones v socio-políticas y movimiento social. Santiago: LOM, 2014.
- O'DONNELL, G. Modernización y autoritarismo. Buenos Aires: Paidós, 1972.
- _____. Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario. Revista Mexicana de Sociología. México, v. 39, n°. 1, p. 9-59, jan./mar – 1977.
- REVISTA TEMAS Y DEBATES. Contrapuntos en torno a los nuevos gobiernos progresistas en América Latina, Rosario, ano 14, n°. 20, out. – 2010.
- RONIGER, L. & SZNAJDER, M. *The legacy of human rights violations in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- STEPAN, A. The New Professionalism of internal warfare and military role expansion. En: LOWENTHAL, A. & FITCH, (eds.) *Armies and Politics in Latin America*. New York: Holmes & Meier, 1986.
- VALDÉS, J. T. La doctrina de la seguridad nacional y el rol político de las fuerzas armadas. En: RUBINSTEIN, J. C. (comp.) *El Estado periférico latinoamericano*, Buenos Aires: Eudeba, 1988.